

Benito Juárez

***Documentos,
Discursos y Correspondencia***

Tomo 10, capítulo CLXXIII

Selección y notas de
Jorge L. Tamayo

Edición digital coordinada por
Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva

Tomo revisado y anotado por
Carlos Sánchez Silva

Versión electrónica para su consulta
Aurelio López López



Año 2006

Tomo 10, capítulo CLXXIII

**Anotado y revisado por
Carlos Sánchez Silva
(UABJO)**

**con la colaboración de
Maira Cristina Córdova Aguilar**

Capítulo CLXXIII

La suerte de la intervención hace crisis

Abril de 1866

CAPÍTULO CLXXIII

LA SUERTE DE LA INTERVENCIÓN HACE CRISIS

Abril de 1866

La lucha de los republicanos por derrocar al imperio se traslada a Washington, gestionando la adquisición de armas. Mientras, en París, Napoleón busca la forma de salir del atolladero. En este capítulo el lector encontrará valiosos documentos al respecto.

El general Baranda, enviado a principios del año por el Gral. Alejandro García para ponerse en contacto con el gobierno republicano y a la vez para tratar de conseguir armas y parque en los Estados Unidos, estuvo trabajando por varias semanas en forma coordinada con nuestro ministro en Washington.

En compañía de Romero tuvo una entrevista, el 25 de marzo, con el Presidente de los Estados Unidos Johnson, quien le ofreció ayudarlo en sus gestiones.

Entrevistó al día siguiente al Gral. Grant, quien le informó que el secretario de Guerra estaba de acuerdo en que se entregaran armas a una casa comercial y ésta fuera quien las vendiera al Gral. Baranda.

Parecía que todo marchaba bien, pero el señor Stanton, secretario de Guerra, no estuvo de acuerdo en seguir el plan propuesto y anunció que consultaría con el presidente Johnson.

Matías Romero, con la perseverancia que fue una de sus cualidades más importantes, solicitó insistentemente entrevistar al presidente Johnson, habiéndolo logrado al fin, el 8 de abril. Por su relato, que aparece en este capítulo, se observa la buena disposición del presidente Johnson para ayudar a la República, pero, al mismo tiempo, no está muy decidido a romper los obstáculos burocráticos y sobreponerse a las preocupaciones políticas de los miembros de su gabinete.

Sin embargo, pide a Matías Romero que detenga el regreso a México del Gral. Baranda, ya que su presencia facilitará más el traspaso de armas que ha decidido.

Este informe de Romero es muy interesante porque, además del problema de las armas, muestra la forma habilidosa como presentó el problema de la República al presidente Johnson; a la vez que solicitaba su cooperación, varias veces le hizo notar que, con la ayuda o sin la ayuda de los Estados Unidos, los patriotas republicanos alcanzarían el triunfo.

José Hidalgo, ministro de Maximiliano ante la corte francesa, llegó a México y tuvo varias entrevistas con el emperador. Según el relato de diversas fuentes, se hizo visible la diferencia de apreciaciones y la falta de coincidencia en la política a seguir ante el gobierno francés. Maximiliano, considerando que Hidalgo no representaba bien sus intereses y se inclinaba más hacia el punto de vista del gobierno francés, resuelve destituirlo. En comunicación de principios de abril, lo dice en forma cruda a Napoleón, al notificar la designación del Gral. Almonte en lugar de Hidalgo.

Decidido ya el gobierno francés a evacuar México, el ministro de Negocios Extranjeros se lo comunica a su representante en Washington, para que lo haga saber al gobierno de los Estados Unidos.

Simultáneamente, Napoleón contesta la carta del 18 de febrero de Maximiliano y le refuta sus apreciaciones; dice que no ha sido él quien ha violado el tratado de Miramar, pues, de acuerdo con las especificaciones del mismo, se han conservado tropas francesas en cantidades ligeramente inferiores a las pactadas, pero que en cambio ha sido Maximiliano el que ha faltado a los compromisos económicos, ya que, a tiempo de escribir la carta, tiene un saldo en su contra de 25 millones de pesos.

Insiste en su ofrecimiento de ayudar en lo posible a la consolidación del gobierno de Maximiliano, pero que es necesario que dedique "toda su solicitud a la organización de la Hacienda y del ejército". Con una generosidad insultante, le anuncia a Maximiliano que renuncia al pago de los 25 millones anuales que el gobierno imperial

mexicano debería pagar, conformándose por el momento con los intereses.

Enterado el gobierno de los Estados Unidos de que el reclutamiento de tropas austriacas que vendrían a sustituir a las francesas que se retiran, no es gestión particular de alguna persona o del representante de Maximiliano, Gregorio Barandiarán, sino que están amparados por una convención militar suplementaria que fue ratificada el 15 de marzo en la ciudad de Viena, inmediatamente envía una comunicación a su representante ante la corte imperial austriaca, pidiéndole se ponga en contacto con ese gobierno para manifestarle que si Austria envía expediciones militares a México, esa actitud "inspiraría un serio cuidado a los Estados Unidos". Estas instrucciones son una inequívoca muestra de la categórica actitud del gobierno de los Estados Unidos, oponiéndose al envío de tropas austriacas a México.

El marqués de Montholon, ministro de Francia en Washington, dio a conocer a Seward la nota en que se informaba del definitivo retiro de las tropas francesas repartidas en tres grupos, el primero se embarcará a fines de 1866, el último abandonará el territorio mexicano en noviembre de 1867.

Seward se da por enterado, pero manifiesta que el gobierno de los Estados Unidos cree conveniente mantener un ejército de observación sobre la ribera norte del río Bravo y que le preocupa cualquier incidente o falta de entendimiento que pueda haber con las tropas francesas que se encuentren en territorio mexicano.

La prensa de los Estados Unidos ha estado ocupándose de este problema, ofreciendo información o publicando editoriales completamente favorables al gobierno republicano. La comunicación de Matías Romero, de 25 de abril, resume toda esta corriente de opinión y al mismo tiempo hace una buena síntesis de las notas cruzadas entre el gobierno de los Estados Unidos y el francés, algunas de las cuales no se reproducen en este capítulo.

Matías Romero, a pretexto de remitir copia de la correspondencia que sobre el problema mexicano ha publicado el Congreso de los Estados Unidos, escribe otra nota dos días después; pero lo muy interesante que

da a conocer esta comunicación, es que el ministro diplomático estadounidense en París, por no entender bien la cuestión mexicana, aceptó una insinuación del gobierno francés en el sentido que el gobierno de los Estados Unidos pudiera intervenir como mediador cerca del gobierno republicano para garantizar la salida decorosa de las tropas francesas de México. Al darse cuenta de ello, Seward trasladó a Washington el centro de gravedad de las negociaciones, convencido de que no era eficaz la intervención del Sr. Bigelow.

DOCUMENTOS

Abril de 1866

ARMAS PARA EL GRAL. BARANDA Y LA FRONTERA

Washington, abril 6 de 1866

Ciudadano ministro de Relaciones Exteriores
El Paso del Norte

En mi nota número 229, de 25 de marzo próximo pasado, comuniqué a usted los detalles de una entrevista que tuvo el Gral. Baranda con el presidente Johnson en presencia del Gral. Grant, con objeto de conseguir algunas armas de este gobierno. Ahora me propongo comunicar a usted lo que ha ocurrido con posterioridad relativamente a este asunto.

El 26 de marzo fue el Gral. Baranda con el secretario de la legación a ver al Gral. Grant en su despacho, quien le dijo que estaba muy ocupado y que fuera en la noche a su casa. En esta vez acompañé yo al Gral. Baranda. El Gral. Grant nos dijo que había hablado ya con el ministro de Guerra sobre el asunto; que se ocupaba en pensar cuál sería el mejor modo de que se nos dieran las armas y, que creía que, al fin, se decidiría a solicitar que se entregaran a una casa de comercio de Nueva York de nuestra confianza y que se recibiera su recibo como pago de las armas; me pidió el nombre de la casa que nosotros designáramos.

Al día siguiente 27, le mandé una esquela diciéndole que el Gral. Baranda designaba la casa de los Sres. Fuentes y Cía. como la más a propósito para recibir las armas.

El 28 ocurri al despacho del Gral. Grant, quien me dijo que había dirigido ayer una comunicación oficial al secretario de Guerra, pidiendo que se entregaran 5,000 fusiles y algún parque a la casa referida y una carta confidencial diciéndole para qué quería esos fusiles; que el secretario de Guerra le había mandado llamar y le había dicho que hablaría con el presidente sobre este punto.

Me dijo, además, el Gral. Grant que para que hubiera algunas armas en la frontera iba a darle orden al Gral. Sheridan que situara diez o quince mil fusiles en Brownsville y desde luego se puso a escribir la orden relativa que me dio a leer después de haberla concluido. Le pregunté que cómo podríamos posesionarnos de esas armas y me dijo que después veríamos.

El día 31 de marzo me informó el Gral. Grant que Mr. Stanton había hablado ya con el presidente sobre el asunto de su carta del día 27; que Mr. Johnson había manifestado deseos de que tengamos armas, pero que no encontraba modo de dárnoslas sin violar las obligaciones que tienen los Estados Unidos como neutrales y que creía que el dárnoslas abiertamente sería lo mismo que mandar soldados a la República. Manifesté en respuesta al Gral. Grant que yo había entendido que el presidente estaba ya decidido a que se nos dieran las armas y me dijo que esa misma era su opinión; me dijo también que procuraría ver a Mr. Johnson en el curso del día.

Desde entonces ha tenido más empeño que antes en que vea yo al presidente y ha hecho con este objeto lo que comunicaré a usted en nota separada.

El resultado de todo esto es que el ministro de Guerra, que está influido por Mr. Seward, se opone a que se nos den las armas.

Reproduzco a usted las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Matías Romero

IMPORTANTE ENTREVISTA DE ROMERO
CON EL PRESIDENTE JOHNSON

Washington abril 8 de 1866

Ciudadano ministro de Relaciones Exteriores
El Paso del Norte

Según comuniqué a usted en mi nota número 268 de ayer, el presidente me citó para que lo viera hoy a las 10 de la mañana. A la hora designada estuve en su casa y a las 11 me recibió en su biblioteca particular. Comenzó excusándose de no haberme visto antes y de haberme hecho esperar en estos tres últimos días. Le contesté que sentía yo distraerlo de las muchas atenciones que lo rodeaban, pero que el negocio de que me proponía hablarle no era de menos importancia.

Le dije en seguida que había cosas que no podía yo decir oficialmente, por no animar a nuestros enemigos; pero que no tenía inconveniente en manifestárselas a él de una manera extraoficial; que debía suponer que después de una larga guerra civil como la que nosotros pasamos, nuestro país estaba exhausto; que, en consecuencia de la guerra actual, el comercio estaba paralizado, la agricultura suspendida y todas las fuentes de riqueza cegadas; que, agregando a esto la circunstancia de que los franceses estaban en posesión de las pocas rentas nacionales, se podría formar una idea exacta de nuestra situación y se conocería que solamente el patriotismo del pueblo mexicano ha podido prolongar por tanto tiempo la resistencia en tan desigual contienda; que hasta aquí la esperanza de que Napoleón desistiera de su empresa de conquistar a México, después de terminada la guerra civil en este país o de que los Estados Unidos intervinieran en la contienda, había sostenido el patriotismo del pueblo mexicano y lo había hecho apurar sus sacrificios,

creyendo que no durarían ya mucho; pero que ambas esperanzas se iban desvaneciendo; que Napoleón, en vez de retirarse, hacía mayores esfuerzos por vencer toda resistencia y consolidar a Maximiliano; que la extenuación del país había llegado al mismo tiempo a un grado supremo, que de poco tiempo a esta parte había yo recibido los partes oficiales de que varias secciones de nuestras fuerzas habían tenido que rendirse por falta absoluta de municiones; que varios de los jefes, que están aún en el campo de batalla, me habían enviado comisionados, creyendo que habíamos realizado alguna cantidad considerable de nuestro préstamo, para pedirme armas y municiones, indicándome que si no se les mandaban a tiempo, tendrían que rendirse también; que sobre este asunto había hablado con frecuencia con el Gral. Grant, quien manifestaba grande interés de que se nos dieran algunas armas; pero que hasta ahora habían fallado cuantos pasos ha dado con ese objeto; que en esta ocasión me limitaría yo a hablarle de la necesidad que tenemos de armas y de la manera con que, a mi juicio, podremos conseguirlas de este gobierno sin que falte a sus deberes de neutral.

En seguida le dije que, después de haber pensado detenidamente sobre este asunto, creía yo que había dos modos de que consiguiéramos armas. El primero era que el Gral. Grant, como general en jefe del ejército de los Estados Unidos, pidiera cierto número de armas, sin decir para qué las necesitaba; que creía yo que por sus antecedentes, buenos servicios y actual posición, deberían dársele sin examen. Si, como no es de esperarse, los franceses llegaban a saber que esas armas habían venido a parar a nuestras manos y reclamaban por eso, el gobierno podría entonces aprobar o desaprobar la conducta del Gral. Grant según conviniera y las cosas no pasarían de ahí.

El segundo modo era más franco y tal vez más decoroso para este país, consistía en que solicitara yo que se vendiera a mi gobierno 50,000 fusiles y que, en pago de ellos, diera libranzas sobre nuestra tesorería a plazos largos o aceptar una responsabilidad pecuniaria en otra forma; que estaba yo seguro de que si el gobierno francés solicitaba comprar armas del de los Estados Unidos, se le venderían cuantas quisiera y que si esto

era legítimo tratándose de la Francia, no veía yo por qué motivo no lo sería tratándose de México.

El presidente me dijo entonces un poco sorprendido, que entendía que ya se nos habían dado armas por conducto del Gral. Grant; a lo que le contesté que esto no era así, pues aunque este general había adoptado el primero de los dos medios indicados y estaba dispuesto a aceptar las responsabilidades que de tal conducta le pudieran resultar, el secretario de Guerra había encontrado algunas dificultades que habían impedido que el plan se realizara.

El presidente me dijo entonces que él deseaba positivamente que tuviéramos armas, que nos las daría si esto se podía hacer de una manera honrosa para los Estados Unidos y que por lo que respecta al pago de su valor, aceptaría lo que pudiéramos ofrecerle, que había armas sobrantes en abundancia y que extrañaba que no hubieran pasado ya algunas a nuestro poder.

Le repetí que el Gral. Grant, a quien veo con frecuencia y que está bien impuesto de nuestra situación, ha tenido empeño especial en facilitarnos, bajo su responsabilidad, algunos fusiles pero que hasta ahora no lo ha podido conseguir. Me preguntó entonces el presidente si el secretario de Guerra se había opuesto a que se nos dieran y le contesté que había hecho objeciones al plan propuesto por el Gral. Grant, para dar algunos fusiles al Gral. Baranda, de las que resultó que no se le dieran ningunos.

En seguida me preguntó el presidente en dónde estaba el Gral. Baranda. Le respondí que aún permanecía aquí en espera de las armas que creía poder conseguir con el Gral. Grant, pero que, habiendo perdido toda esperanza de obtenerlas, había dispuesto irse mañana a Nueva York; que estaba temiendo que si conseguía ahora las armas y las mandaba a su línea, llegarían tarde puesto que habíamos recibido noticia de que los franceses marchaban en fuerza muy considerable sobre aquélla y como se carecía allí enteramente de armas y municiones, obtendrían probablemente una victoria fácil. Me manifestó deseos de que el Gral. Baranda se quedara por algún tiempo más en esta ciudad, ya para llevar las armas que le diera el Gral. Grant, o ya para comprar mayor cantidad,

si se adoptaba ese otro extremo y mi carácter oficial no permitía mi intervención en el asunto. Le dije que siendo este el objeto exclusivo con que el Gral. Baranda había venido a los Estados Unidos, permanecería en esta ciudad el tiempo que fuera necesario para el arreglo de este negocio, si es que ha de arreglarse.

Generalizando un poco mi conversación sobre nuestra falta de recursos y armas, dije al presidente que teníamos que prepararnos para una guerra larga, porque, a mi juicio, Napoleón no pensaba salirse pronto de México, pues aunque es cierto que ya debe estar satisfecho de que la intervención es un gran error, su honor y su reputación como hombre hábil y sagaz, están de tal manera comprometidos en aquélla, que preferirá seguir gastando el dinero y derramando sangre, más bien que reconocer su error. Le dije también que no había encontrado, en cuanto he visto publicado, así por este gobierno como por el francés, nada que pudiera tomarse como una promesa real que los franceses saldrían de México en un tiempo razonable.

Indiqué también a Mr. Johnson que aun cuando la Francia tuviera conocimiento de la venta de armas que se nos haga, no podría reclamar contra ella fundadamente, supuesto que se le diría que a ella también se le podrían vender armas en los mismos términos y que, además, esa circunstancia manifestaría al gobierno y al pueblo francés que el gobierno de los Estados Unidos no es tan indiferente a la suerte de México, como ahora parece que tienen razón para creerlo, pues aunque algunas declaraciones de buena fuente indican lo contrario, el gobierno francés sólo puede tomar como procedente de los Estados Unidos, lo que emane de su ministro en París y algunas manifestaciones hechas por Mr. Bigelow y publicadas tanto por este gobierno como por el francés, no podrían producir otro resultado que el de hacer creer que los Estados Unidos verían sin disgusto la consolidación de Maximiliano. El presidente me dijo entonces, como persuadido de lo que yo decía: "tiene usted mucha razón". Continuando mi razonamiento sobre este punto, le dije que era cierto que él mismo había hecho declaraciones importantes en el discurso que pronunció al recibir al ministro francés; que después las había hecho de un modo más solemne en su primer mensaje al

Congreso; que el secretario de Estado también las había hecho en el discurso que pronunció en Auburn; pero que todo esto se consideraba por el gobierno francés como frases que se decían con el exclusivo objeto de agradar al populacho y sin que tuvieran ninguna significación.

En seguida me preguntó el presidente, con grande interés, cuál era mi opinión respecto del estado que guardan las cosas en la República. Le dije que, contestándole con la franqueza debida, debería manifestarle que, a mi juicio, con el auxilio de los Estados Unidos o sin él, triunfaríamos al fin de nuestros invasores y que la cuestión lo era de tiempo solamente; que si continuábamos en el estado que guardábamos, sin recursos para organizar ejércitos, armarlos y sostenerlos, estaríamos a la merced de los invasores, quienes podrían permanecer en el país por todo el tiempo que quisieran y nuestra esperanza sería que prolongando indefinidamente la resistencia que les oponemos, se convencerían de la imposibilidad de consolidar a Maximiliano y después de algunos años se saldrían de cansancio, si no arrojados por nuestras armas; que el plazo sería más o menos largo y dependería de la voluntad de Napoleón; pero que era de nuestro deber acortarlo cuanto pudiéramos y que se acortaría considerablemente si los franceses por lo menos no ganaban nuevas ventajas sobre nosotros; pero que, si guarnición por guarnición y guerrilla por guerrilla, iban cayendo en sus manos, eso los alentaría para hacer nuevos esfuerzos con la esperanza de acabar de vencer toda resistencia y consolidar a Maximiliano; que por lo mismo deseaba yo que no adquirieran un solo palmo de terreno, a más del que ocupan, ni se les sometiera uno solo de nuestros soldados y que el único modo de evitar esto sería proveer por lo menos de armas a nuestras fuerzas; que no podíamos ser más moderados que conformarnos con sólo armas cuando nos faltaba todo y necesitábamos de todo.

Después de haber repetido varias veces el presidente que deseaba que tuviéramos armas y que no veía dificultad ninguna sustancial para que el gobierno de los Estados Unidos nos las facilitara, me dijo que hoy no podría darme una respuesta definitiva, haciendo mucho énfasis en esta palabra; que mañana hablaría con el Gral. Grant y vería lo que se podría

hacer. Le dije que si deseaba verme en otra ocasión, tuviera la bondad de mandarme llamar y que yo ocurriría desde luego a su cita.

Procuraré que el Gral. Grant sepa los detalles de esta entrevista, antes de que vea mañana al presidente.

Reproduzco a usted las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Matías Romero

JOSÉ MARÍA HIDALGO DESTITUIDO

Chapultepec, abril 3 de 1866

A vuestra majestad el emperador Napoleón III

Señor mi hermano:

Anuncio a V. M. que he hecho regresar al Sr. Hidalgo, descontento de saber que no os trasmitió mis deseos con suficiente claridad y os envió, en su lugar, a mi antiguo y fiel amigo el Gral. Almonte, lo que hay de mejor en México.

Le he dado mis instrucciones respecto a las cuestiones pendientes entre nosotros que espero ver resueltas a nuestra común satisfacción y lo recomiendo a la benevolencia de V. M. manifestándole os reitere la expresión de los sentimientos de estimación e inalterable amistad con que soy el buen hermano de V. M.¹

Maximiliano

¹ Original en francés.

NAPOLEÓN RESUELVE EVACUAR MÉXICO POR ETAPAS

París, abril 5 de 1866

Al Marqués de Montholon,
Ministro del emperador en Washington

Señor:

He leído, con toda la atención que merece, la contestación del secretario de Estado a mi nota de 9 de enero último. El escrupuloso empeño con que Mr. Seward se ha complacido en analizar esa nota y las detenidas consideraciones en que entra al definir, con relación a lo que expuse para demostrar la conducta de la Francia en los asuntos de México, las doctrinas que sirven de base a la política internacional de los Estados Unidos, son un testimonio a nuestros ojos, del interés que tiene el gabinete de Washington de alejar todo motivo de mala inteligencia.

Encontramos en eso la prueba de sus deseos de que se conserven los sentimientos amistosos que las tradiciones de una antigua alianza han cimentado entre nuestros dos países y haciéndolos prevalecer sobre esas divergencias accidentales, que son a menudo inevitables, en los negocios y en las relaciones de los gobiernos. Bajo este punto de vista hemos apreciado la comunicación que el secretario de Estado dirigió a usted el 12 de enero último. No seguiré a Mr. Seward en el desenvolvimiento que ha dado a la exposición de los principios que dirigen la política de la Unión Americana, porque no me parece oportuno ni provechoso el prolongar sobre puntos de doctrina o de historia, una discusión en la que nuestras opiniones podrían diferir de las del gobierno de los Estados Unidos, sin que esto encerrase un peligro para los intereses de ambas naciones. Creo por lo mismo que conviene más servir a esos intereses

absteniéndonos de discutir asertos, en mi opinión muy discutibles, a fin de adoptar medidas prácticas que contribuyan a facilitar nuestros arreglos.

Jamás hemos vacilado en dar a nuestros amigos las explicaciones que nos han pedido y nos apresuramos a dar al gabinete de Washington cuantas pudo necesitar para informarse, así de nuestras miras respecto de México como de la lealtad de nuestras intenciones. Le hemos dicho además, que la certidumbre que tuviésemos de que observarían una política de no intervención respecto de aquel país, después que hubiésemos salido de allí, apresuraría el momento, sin comprometer los intereses que allí nos llevaron, de sacar nuestras tropas, poniendo así fin a una ocupación cuyo término deseamos sinceramente apresurar. En una nota de 12 de febrero último, Mr. Seward recuerda, por su parte, que el gobierno de los Estados Unidos han seguido apegado, durante todo el curso de su historia, a la regla de conducta que le trazó Washington, practicando en todas circunstancias el principio de no intervención y añade que nada podía justificar el temor de que fuesen contrarios a esa doctrina respecto de México. Nosotros recibimos con entera confianza esa seguridad y encontramos en ella una garantía suficiente para no diferir ya por más tiempo la adopción de medidas que tengan por objeto disponer el regreso de nuestro ejército.

El emperador ha resuelto que las tropas francesas evacuarán a México en tres porciones: la primera debe partir en el mes de noviembre de 1866, la segunda en marzo de 1867 y la tercera en el mes de noviembre del mismo año.

Sírvase usted comunicar oficialmente esta decisión al secretario de Estado.

Reciba usted, señor marqués, las seguridades de mi alta consideración.

Drouyn de Lhuys

NAPOLEÓN RECRIMINA A MAXIMILIANO
Y LE RATIFICA EL RETIRO DE LAS TROPAS FRANCESAS

Tullerías, abril 12 de 1866

A V. M., el emperador Maximiliano

Señor, mi hermano:

En la carta que V. M. me escribió el 18 de febrero me acusa de haber sido el primero en romper los compromisos contraídos en el Tratado de Miramar y en los artículos secretos. Debo recordar a V. M. que en nuestras comunicaciones de diciembre nos habéis declarado que no teníais posibilidades de cumplir las cláusulas de dicho tratado y que no podríais, tal como estaba convenido, pagar los 25 millones destinados a costear, en parte, el mantenimiento de mis tropas en México.

Según los artículos secretos yo debía mantener en México, comprendida la legión extranjera, 28,000 hombres en 1865, 25,000 en 1866 y 20,000 en 1867. Transcurrido este tiempo, sólo debía quedar en México la legión extranjera. En 1865 el ejército francés constaba de 30 940 hombres; en 1866 todavía tiene 29,302 y hasta fines de 1867 contaría con 10,000 franceses más la legión extranjera con 5,285 hombres; total, alrededor de 16,000 hombres. La diferencia no será más que de 4,000 soldados, mientras que V. M. tiene un déficit de 25 millones. Lejos de mi pensamiento está querer recriminar o imputar a V. M. todos los retrasos que han paralizado el celo de los agentes que había puesto a su disposición. Comprendo las dificultades que ha tenido.

Me limito, pues, a deciros con franqueza que mi más ferviente deseo así como mi interés más auténtico es que el imperio mexicano se sostenga. Por eso haré todo lo que de mí dependa para ayudar a V. M. a

la consolidación de su gobierno, al cual, por el momento, a mi juicio, debe dedicar toda su solicitud a la organización de la Hacienda y del ejército. Habéis sabido ya, por las instrucciones impartidas al mariscal Bazaine y a Mr. Dano, que mi gobierno consiente en hacerse cargo, hasta fines de 1867, de los cuerpos extranjeros al servicio de V. M., siempre que estén bajo un único comando.

También renuncio a los 25 millones que México debía pagar anualmente conformándome, por el momento, con cobrar los intereses. En Francia nunca se ha apreciado suficientemente el interés que podemos tener en la fundación de un gran imperio en México, por tanto me es imposible pedir nuevos sacrificios al cuerpo legislativo para una empresa que despierta tantas prevenciones y que puede ser causa de graves complicaciones.

Pienso llamar pronto al Mariscal Bazaine a Francia y dejar el comando de las tropas al Gral. Douay.

Renuevo a V. M. la seguridad de mi sincera amistad.²

Napoleón

² Original en francés.

CATEGÓRICA ACTITUD DEL GOBIERNO ESTADOUNIDENSE
FRENTE A AUSTRIA

Washington, 16 de abril de 1866

Al Sr. J. Lothrop Motley, etc.
Viena

Señor:

He tenido el honor de recibir el despacho de usted de 27 de marzo, número 155, que contiene el importante aviso de que un tratado llamado convención militar suplementaria fue ratificado el 15 de dicho mes entre el emperador de Austria y el príncipe Maximiliano, que pretende ser emperador de México.

Me informa usted de que se espera que 1,000 voluntarios, poco más o menos, se embarcarán —en virtud de este tratado— de Trieste para Veracruz, muy pronto y que por lo menos otros tantos lo harán en el otoño.

He comunicado a usted hasta ahora las instrucciones del presidente para pedir explicaciones y para informar, llegado el caso, al gobierno de Austria, que el envío que hiciere de expediciones militares en virtud de un tratado, como el que ahora parece ha sido celebrado, inspiraría un serio cuidado a los Estados Unidos.

Este asunto ha sido ahora considerado nuevamente, en conexión con los informes oficiales que se han recibido a últimas fechas. Parece que ha llegado el tiempo en que la actitud de este gobierno, con relación a los negocios de México, se haga conocer una vez más, franca y claramente, al emperador de Austria y a todas las otras potencias a quienes pueda interesar directamente. Los Estados Unidos, por razones

que les parecen justas y que tienen su fundamento en el derecho de gentes, sostienen que el gobierno republicano nacional, con quien ellos están en relaciones de amistad, es el único gobierno legítimo que existe en México; que contra esa República ha hecho el gobierno francés la guerra por un período de varios años; cuya guerra comenzó negándose todos los designios políticos o dinásticos que ella ha asumido después, ofreciendo ahora distintamente el carácter de una intervención europea para derrocar el gobierno nacional republicano y levantar sobre sus ruinas un despotismo europeo, militar e imperial, por medio de la fuerza armada. Los Estados Unidos, en vista del carácter de sus instituciones políticas, su proximidad e íntimas relaciones con México y su justa influencia en los negocios políticos del continente americano, no pueden consentir en la ejecución de aquel proyecto por los medios ya descritos. En tal virtud, los Estados Unidos se han dirigido oportunamente al gobierno de Francia y han pedido que las tropas francesas, comprometidas en esta mal fundada invasión política, desistan de su intervención y se retiren de México.

Para conocimiento de usted se acompaña a este despacho copia de la última comunicación que sobre el asunto hemos dirigido a Francia. Ese documento manifestará a usted el verdadero estado de la cuestión. También pondrá a usted en actitud de hacer entender al gobierno de Viena, que los Estados Unidos estarán no menos opuestos, en lo sucesivo, a la intervención militar de Austria en México con objetos políticos, de lo que lo están a una intervención ulterior del mismo carácter que intentara Francia en aquel país.

Por lo mismo usted, tan pronto como fuere conveniente, presentará el caso, de una manera adecuada, a la consideración del gobierno imperial y real.

Está usted autorizado para manifestar que los Estados Unidos desean sinceramente que Austria pueda encontrar justa y conveniente la aceptación del principio de no intervención en México, según lo proclaman los Estados Unidos, sobre lo cual ya han invitado también a Francia.

Nos comunicará usted la respuesta del gobierno austriaco a esta proposición.

Este gobierno no podría menos de considerar como un negocio de seria importancia el envío de cualesquiera tropas de Austria a México, mientras que el punto que se previene a usted explique al gobierno austriaco, se halle todavía pendiente.

Soy de usted, señor, atento servidor.

William H. Seward

EL GOBIERNO DE JOHNSON CONSIDERA
QUE PUEDE ABREVIARSE LA EVACUACIÓN

Washington, abril 25 de 1866

(Sr. marqués de Montholon,
Ministro de Francia en Washington)

Señor:

Habiendo sometido al presidente copia de la nota del Sr. Drouyn de Lhuys, fecha 5 de abril, que tuvistéis a bien remitirme el 21 del corriente mes, tengo hoy la honra de comunicaros las miras del gobierno americano sobre dicho asunto.

Con gran satisfacción me he impuesto de que los dos gobiernos, el de los Estados Unidos y de Francia, se han puesto de acuerdo con respecto a la actual intervención militar de Francia en México.

El efecto de esta buena inteligencia, si es que he comprendido bien, será que las tropas francesas que se hallan en México, se retirarán de dicho país en tres distintas secciones, debiendo salir la primera en noviembre del corriente año y las otras en marzo y noviembre de 1867.

Por nuestra parte, todos los conceptos manifestados hasta la fecha relativamente al principio de la no intervención, son hoy afirmados de nuevo con gran placer. A nombre de los Estados Unidos participo sinceramente del deseo y de la esperanza —sobre los cuales el Sr. Drouyn de Lhuys se complace en exponer sus ideas— de que haya una renovación cordial de la tradicional amistad que forma un elemento importante de la vida del pueblo americano y que a la par que es un augurio favorable para los progresos de la civilización, honra también el amor a la libertad y la inteligencia de las dos naciones. Sé muy bien que

un ejército tan considerable como el que tiene el emperador de los franceses en México actualmente, no podría convenientemente ser retirado del país, ni en un día, ni en varios días, ni todo a la vez. Comprendo igualmente que no sería del todo oportuno para el gobierno francés anunciar de antemano el efectivo de que se ha de componer cada remesa de tropas, ni la fecha precisa de su embarque; pero, por otra parte, creo que es un deber de franqueza y sinceridad, en este caso, establecer que la continuación de la intervención, aun durante ese limitado período, sería necesariamente considerada con inquietud y recelo por la gran mayoría del pueblo americano y quizá también por el mismo Congreso.

En este estado de cosas, debemos igualmente mantener, bajo cierto pie, nuestro ejército de observación sobre la ribera del norte del Río Grande. Esta situación no será del todo conforme ni con nuestros sentimientos, ni con nuestras costumbres nacionales. Además, nadie podría contar con certeza sobre la práctica, por parte de los jefes respectivos de las fuerzas que únicamente están separadas por una línea fronteriza, de toda aquella prudencia que hiciere imposibles encuentros o choques imprevistos. Por consiguiente, mientras más pronto se ponga fin a la intervención más en breve y de una manera más completa se restablecerá la cordial buena inteligencia que los dos gobiernos desean sinceramente conservar.

Habiendo la Francia resuelto retirar completamente sus fuerzas de México en el espacio de 17 meses no me parece improbable que pueda encontrar próximamente conveniente y compatible con sus intereses y su honor, abreviar todavía más ese espacio de tiempo. Si esto llegare a realizarse, es indudable que el emperador quedaría tan satisfecho como los Estados Unidos de la nueva situación.

Servíos aceptar, etc.

William H. Seward

ROMERO SATISFECHO
DE LA ACTITUD ESTADOUNIDENSE

Washington, abril 25 de 1866

Ciudadano ministro de Relaciones Exteriores
El Paso del Norte

Los periódicos de ayer publicaron los documentos principales de la correspondencia enviada por el presidente al Congreso, el día 23, sobre el retiro de los franceses de México, a que me referí en mi nota número 303 de la misma fecha.

Incluyo a usted una tira del *Tribune* de Nueva York que contiene la parte hasta ahora publicada de esa correspondencia. Comprende la nota de Mr. Seward a Mr. Montholon de 12 de febrero último, que usted conoce; una nota de Mr. Bigelow a Mr. Seward fechada en París el 16 del actual y la respuesta de Mr. Seward del día 21 sobre el anuncio del *Moniteur* de la salida de los franceses de México, cuyas notas no tienen interés ninguno y el texto de la de Mr. Drouyn de Lhuys de 5 de abril con la respuesta de Mr. Seward del 23. Los puntos principales de estos dos documentos están referidos en mi citada nota número 303.

Mr. Drouyn de Lhuys no pretende responder las razones de Mr. Seward ni insiste en su razonamiento anterior y solamente dice que la expresión de Mr. Seward de que los Estados Unidos no intervendrán en México, es garantía suficiente para adoptar medidas con objeto de retirar el ejército francés sin comprometer los intereses que lo llevaron a México.

Las cuatro notas de Mr. Seward a Mr. Motley son mucho más importantes de lo que aparecen en el extracto que remití con mi comunicación citada. Ellas manifiestan que el presidente tiene la

intención inexorable de no permitir que desembarque en México un solo soldado austriaco. Primero se le piden explicaciones al Austria sobre el reclutamiento de fuerzas en su territorio para Maximiliano, después se protesta contra esa conducta; en seguida se le manifiesta que los Estados Unidos no podrán ser neutrales en la guerra que la Austria quiere hacer a México y por último, en un parte telegráfico de esta ciudad que apareció hoy publicado, en el *Times* de Nueva York de ayer, que como sabe usted pasa aquí por el órgano de Mr. Seward, se asegura que el departamento de Estado envió instrucciones a Mr. Motley para que pida sus pasaportes en el momento que salga un solo soldado austriaco para México.

Una persona fidedigna me ha asegurado hoy que en una conversación que tuvo anoche él presidente con un amigo nuestro, le aseguró, que si el Austria llegaba a enviar soldados a México, él no vacilaría en enviar fuerzas de los Estados Unidos a la República para que los arrojaran.

Remito a usted también los editoriales que han publicado los periódicos con relación a dicha correspondencia.

Ésta ha sido bien recibida en lo general, pero hay, sin embargo, muchas personas que, desconfiando de la buena fe de Napoleón, temen que su promesa no sea ahora más que una evasiva para eludir por otro año y medio la salida de sus fuerzas de nuestro país. Por varios indicios de que hablaré a usted en nota separada, me inclino a creer que ésta sea la opinión del presidente.

Anoche fui a ver a Mr. Seward a su casa. Lo encontré muy satisfecho con el resultado de sus trabajos. Me dijo que Napoleón se decidiría a retirar sus fuerzas antes del plazo que ahora ha fijado y que no podía proceder de mala fe en este asunto. Me suplicó procurara yo que se hiciera una traducción al español de su nota a Mr. Montholon de 12 de febrero, para que pudiera leerla la sra. Juárez y me ofreció una copia auténtica de ese documento. Por complacerlo me decidiré a hacer la traducción de aquél y demás notas importantes enviadas por el presidente al Congreso para imprimirlas y circularlas en la República, presentándole a él algunos ejemplares.

Reproduzco a usted las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Matías Romero

EL MINISTRO ESTADOUNIDENSE EN PARÍS
NO ENTIENDE BIEN LA CUESTIÓN MEXICANA

Washington, abril 27 de 1866

Ciudadano ministro de Relaciones Exteriores
El Paso del Norte

Acabo de recibir un ejemplar que me mandó Mr. Seward, en cumplimiento de la promesa que me hizo ayer, de la edición oficial del mensaje del presidente del día 23, con el que acompañó al Congreso la correspondencia sobre la salida de los franceses de México. Remito a usted ese mensaje, a reserva de conseguir otro, para el archivo de esta legación, en la imprenta de este gobierno.

Además de los documentos publicados en aquél, de que hice mención en mis notas números 303 y 308 de 23 y 25 del actual, hay otros de importancia. Con fecha 11 de enero último, dirigió Mr. Bigelow una nota a Mr. Seward en que refiere una conversación que tuvo la noche anterior con Mr. Drouyn de Lhuys, sobre el retiro de los franceses de México. Además de manifestar lo poco que comprende la cuestión, supuesto que la considera bajo el punto de vista de los franceses y va hasta el extremo de llamar bárbara a la guerra, lo cual es ambiguo, pues no se sabe si la considera así por lo que hace a los franceses, o a nosotros o a ambos, y llama juaristas a los mexicanos que defienden la independencia de su patria; refiere que en el curso de la conversación propuso a Mr. Drouyn de Lhuys que el gobierno francés celebrara un armisticio con el gobierno nacional de México en virtud del cual deberían suspenderse las hostilidades mientras salen los franceses de la República. Mr. Drouyn de Lhuys recibió bien esta idea, pero dijo que no tenía modo de entenderse con el supremo gobierno, como indicando que desearía que

los Estados Unidos le ofrecieran su mediación. Si esto hubiera dependido de Mr. Bigelow, se habría hecho desde luego; pero Mr. Seward no se dio por entendido de la indicación. Lejos de ello, quitó la negociación de manos de su oficioso ministro en París, a quien dijo que, habiendo sido trasladada ésta a Washington no le quedaba a Mr. Bigelow otra cosa que hacer sino dar su opinión y hacer indicaciones a su gobierno.

Tal vez Mr. Drouyn de Lhuys insista en que los Estados Unidos ofrezcan su mediación o la pida directamente como lo ha hecho la España, para celebrar un armisticio o hacer arreglos de otro género que hagan posible la salida de las fuerzas francesas de una manera que no sea ignominiosa. Mucho dificulto que el presidente Johnson llegue a ofrecer dicha mediación.

En nota de 30 de enero citado, refiere Mr. Bigelow a Mr. Seward que la prensa francesa unánimemente sostiene el derecho de exigir de Napoleón que retire sus fuerzas de México.

La falta de tiempo no me permite ocuparme de los demás documentos que fueron enviados con el mensaje. Nada de lo que yo pudiera decir, dejará, sin embargo, de presentarse a la consideración de usted cuando se imponga de ellos.

Reproduzco a usted las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Matías Romero